

LOS MARES DEL SUR

Caminamos una tarde sobre la ladera de una colina, en silencio. En la sombra del tardo crepúsculo mi primo es un gigante vestido de blanco, que se mueve tranquilo, el rostro bronceado, taciturno. Callar es nuestra virtud. Algún antepasado nuestro debe de haber estado muy solo, un gran hombre entre idiotas o un pobre loco, para enseñar a los suyos tanto silencio.

Mi primo habló esta tarde. Me pidió que subiera con él: desde la cumbre se divisa en las noches serenas el reflejo del faro, lejano, de Turín. "Tú que vives en Turín -me dijo-... pero tienes razón, la vida se vive lejos de la tierra: se progresa y se goza; luego, cuando se regresa, como yo, a los cuarenta, se encuentra todo nuevo. Las Largas no se pierden". Todo esto me dijo y no habla italiano sino el lento dialecto que, como estas mismas piedras, es tan áspero que veinte años de idiomas y de océanos diversos no consiguieron pulirlo. Y camina por la cuesta con la mirada ensimismada que vi, de chico, en los campesinos un poco cansados.

Veinte años ha estado viajando por el mundo, Se fue cuando yo era un nene en brazos de mujeres y lo dieron por muerto. Sentí después hablar de él a las mujeres, a veces, como en una fábula, pero los hombres, más graves, lo olvidaron. Un invierno, a mi padre, ya muerto, le llegó una postal con una gran estampilla verdosa de naves en un puerto y augurios de buena vendimia. Fue un gran estupor, pero el muchacho, crecido, explicó ávidamente que el billete venía de una isla llamada Tasmania circundada de un mar muy azul, feroz de tiburones, en el Pacífico, al sur de la Australia, y añadió que, seguro, el primo pescaba perlas. Y guardó la estampilla. Todos dieron su opinión, pero todos concluyeron que si no había muerto, moriría.

Desde que jugué a los piratas malayos, ¡cuánto tiempo ha pasado!, y desde la última vez que bajé a bañarme a un sitio mortal y he seguido a un compañero de juegos sobre un árbol quebrando hermosas ramas y le rompí la cabeza a un rival y también me la dieron, cuánta vida transcurrió. Otros días, otros juegos, otros sacudones de sangre delante de rivales más evasivos: los pensamientos y los sueños. La ciudad me ha enseñado infinitas pavoras, una muchedumbre, una calle, me han hecho temblar; un pensamiento, a veces, espiado sobre un rostro.

Todavía siento en los ojos esa luz burlona de millares de faroles sobre el ruido de pasos. Mi primo regresó terminada la guerra, gigantesco como pocos. Y tenía dinero. La parentela decía por lo bajo: "En un año, por decir mucho, se lo comió todo y vuelve a vagar. Así terminan los desesperados". Mi primo tiene una cara rotunda. Compró un lote en el pueblo y se hizo construir un garaje de cemento con un flamante surtidor de nafta en el frente y sobre la curva del puente, bien grande, un cartel metálico. Después puso un mecánico adentro a cobrar el dinero y él se dedicó a recorrer las Largas, fumando. Se había casado. Tomó una chica rubia y delicada como las extranjeras que seguramente conoció en el mundo. Pero sale todavía solo, vestido de blanco, con las manos atrás y el rostro bronceado; por la mañana recorría las ferias, con aire cazarro, negociando caballos. Después me explicó, cuando fracasó el proyecto, que su plan era quitarle al valle todas las bestias y obligar a la gente a comprarle motores. "Pero la bestia más grande de todas", decía, "fui yo al pensarlo. Debí saber que bueyes y personas son aquí la misma raza."

Caminamos más de media hora. La cima está cerca, aumentan alrededor el susurro y el silbido del viento. Mi primo se para de golpe y se da vuelta: "Este año escribo en el cartel: Santo Stefano ha sido siempre el primero en los festejos del valle del Belbo. Y que chillen los de Canelli". Después, sigue la subida. Un perfume de tierra y viento nos envuelve en lo oscuro. algunas luces en la distancia, casitas, automóviles que se oyen apenas. Y yo pienso en la fuerza que me ha devuelto a este hombre, arrancándolo del mar, de las tierras lejanas, del silencio que dura. Mi primo no habla de los viajes que hizo; dice, seco, que ha estado en este lugar, aquel otro, y piensa en los motores.

Sólo un sueño le ha quedado en la sangre. Se cruzó una vez, viajando como maquinista de un pesquero holandés, con el cetáceo, y ha visto volar los pesados arpones en el sol, vio huir las ballenas entre espumarajos de sangre y la persecución, y las colas alzadas y la lucha en la lanza. Me lo recuerda a veces.

Pero cuando le digo que es de los elegidos que vieron la aurora sobre las islas más bellas de la tierra, sonríe al recordarlo y responde que el sol se levantaba cuando el día era viejo para ellos.

Cesare Pavese

OTOÑO

Manso otoño, me domino y someto a tus aguas para beber el cielo, suave fuga de árboles y abismos.

Áspera pena del nacer me encuentra unido a ti; y en ti me quiebro y recobro la salud:

pobre cosa caída que la tierra recoge.

Salvatore Quasimodo



FIN DE AÑO 1968

He contemplado desde la luna, o casi, el modesto planeta que contiene filosofía, teología, política, pornografía, literatura, ciencias exactas u ocultas. Adentro está también el hombre y yo entre ellos. Y todo es muy extraño.

Dentro de pocas horas será noche y el año terminará entre explosiones de espumantes y petardos. Quizás de bombas o algo peor, mas no aquí, donde estoy. Si uno muere a nadie le interesa con tal que sea desconocido y lejano.

Eugenio Montale

CENIZAS

Cenizas
de cosas muertas, de perdidos males,
de contactos inefables, de mudos
suspiros;
vivas
llamas de vosotras me invisten en el acto
que de ansia en ansia acerco a las puertas
del sueño;
Y en el sueño,
con los lazos tiernos y apasionados
que tienen el niño y la madre, y en vosotras cenizas
me fundo.
La angustia
acecha al paso, yo la desarmo. Como
un beato la vía del paraíso,
subo una escala, me detengo ante una puerta
a la cual llamaba en otros tiempos. El tiempo
ha cedido de golpe.
Me siento,
con los pantalones y el alma de entonces
en una luz de fulgor; en el corazón
se abate una alegría vertiginosa
como el fin.
Pero no grito.
Mudo
parto de la sombra hacia el inmenso imperio.

Umberto Saba

VENDRÁ LA MUERTE Y TENDRÁ TUS OJOS...

Vendrá la muerte y tendrá tus ojos
-esta muerte que nos acompaña
de la mañana a la noche, insomne,
sorda, como un viejo remordimiento
o un vicio absurdo-. Tus ojos
serán una vana palabra,
un grito acallado, un silencio.
Así los ves cada mañana
cuando sola sobre ti misma te inclinas
en el espejo. Oh querida esperanza,
también ese día sabremos nosotros
que eres la vida y eres la nada.
Para todos tiene la muerte una mirada.
Vendrá la muerte y tendrá tus ojos.
Será como abandonar un vicio,
como contemplar en el espejo
el resurgir de un rostro muerto,
como escuchar unos labios cerrados.
Mudos, descenderemos en el remolino.

Cesare Pavese

SOY UNA CRIATURA

Como esta piedra
del S. Michele
tan fría
tan dura
tan desaguada
tan refractaria
tan totalmente inanimada

Como esta piedra
es mi llanto
que no se ve

La muerte se paga
Viviendo

Giuseppe Ungaretti



POEMAS DE LA LENGUA ITALIANA

SELECCIÓN ESPONTÁNEA
FERNANDO PEREIRA

PINTURAS
MARCO PERTILE

Ediciones Desmesura
pablojaviergil@yahoo.com.ar
Nº80 - Noviembre de 2017
San Carlos de Bariloche

S. C. de Bariloche

80

Año V - Nov 2017